

SANTA MARÍA MAGDALENA

(Mirandilla, 22 de julio de 2025)

Queridos hermanos concelebrantes, Don Vicente, Obispo auxiliar de Madrid, Don Francisco José, Vicario Episcopal de Evangelización, Don Jorge, vicario episcopal, todos hijos del pueblo, Don Carlos, Canciller Secretario del arzobispado, Don Anacleto, párroco de esta comunidad parroquial de Mirandilla, hermanos y hermanas: ¡*El Señor os dé la paz!*

Nos convoca hoy en esta Iglesia parroquial la fiesta de Santa María Magdalena, patrona de esta comunidad cristiana. Ello es motivo sobrado para hacer fiesta: fiesta litúrgica, que comenzó con la procesión y sigue con esta celebración eucarística, fiesta seguramente en la mesa en torno a la cual se reúne la familia, fiesta en la vida que hoy hace un alto para encontrarse las familias de cerca y tal vez de lejos, los amigos, los vecinos que ordinariamente están viviendo en otros lugares, y también para recordar a esta mujer que con razón ha sido llamada la “apóstol de los apóstoles”, por ser la primera en “ver” a Jesús resucitado y en anunciar la buena noticia de la Resurrección del Señor a sus discípulos.

Las lecturas que la liturgia ha escogido para esta fiesta nos ofrecen el *retrato* de esta mujer profundamente enamorada de Jesús, con el cual se había encontrado personalmente en el camino de su vida. De enamorada es la búsqueda nocturna, casi diríamos angustiada, del amado por parte de la esposa, de la que nos habla el Cantar de los Cantares (cf. 3, 1-4). De enamorada nos habla el salmo responsorial que la Iglesia pone en boca de la Magdalena y también en la nuestra y que expresa el anhelo del alma por Dios, como la tierra sedienta busca el agua (*Sal* 62, 2-6-6, 8-9). De enamorada nos habla el Evangelio que hemos proclamado en el que, de “madrugada, cuando todavía estaba oscuro”, María visita el Sepulcro vacío y su encuentro con Jesús resucitado (*Jn* 20, 1-2.11-18).

Pero María Magdalena se nos presenta también como la mujer fuerte y valiente al anunciar la resurrección del Señor. Sin duda que María Magdalena es modelo de vida cristiana en cuanto que ésta consiste fundamentalmente en encontrarse con Jesús, pero también en dar testimonio de Él. El encuentro con Jesús, o mejor dicho, el dejarnos encontrar por él, cambiará nuestra vida, como cambió la vida de María Magdalena, después de haberlo buscado con la pasión del enamorado que busca a su amada. Un encuentro que no hay que darlo por supuesto sin más. Podemos llevar muchos años de bautizados y sin habernos encontrado con Jesús y, lo que es más grave todavía, sin permitir a Jesús que se encuentre con nosotros, que Jesús entre en nuestras vidas. Ello nos llevaría a ser “ateos practicantes”: personas que cumplen con unas normas, pero cuyo corazón no vibra con el corazón de Jesús. Ello nos impediría, también, convertirnos en criaturas nuevas, como nos pide san Pablo. María Magdalena había sido una mujer con un pasado nada ejemplar.

Son muchos los que identifican a María Magdalena con la mujer adúltera, de la que nos habla el cuarto evangelio (cf. *Jn* 8, 3-11). El Evangelio de Marcos la identifica con la María, de la cual Jesús había echado siete demonios (cf. *Mc* 16, 9). Lo cierto es que, fuera cual fuera su pasado, el encuentro con Jesús y con su misericordia, le permitió iniciar una vida nueva, marcada por su amor apasionado por Él.

Por otra parte el testimonio que todos estamos llamados a dar. Queridos hermanos y hermanas: El evangelio de Marcos, en su final, nos presenta dos modos diferentes de afrontar

el misterio de la resurrección. Están los discípulos, aquellos “que habían vivido con él, tristes y llorosos” (Mc 16, 10). Era tal su decepción que “al oír que vivía y que había sido visto por María, no creyeron”. Y el evangelio de Marcos lo dice tres veces (cf. Mc 16, 11.3.14). Por otra parte está la Magdalena, una mujer envuelta en pecado, pero salvada por Jesús, que anuncia con valentía que había visto al Señor (cf. Mc 16, 9). Ni su condición de mujer sin derecho a voz en las asambleas y cuyo testimonio, precisamente por ser mujer, no era creíble; ni el miedo le impidió ir muy de madrugada, “cuando todavía estaba oscuro” (Jn 20, 1) al Sepulcro, ni la incredulidad de los discípulos le impide anunciar que “había visto al Señor” (Jn 20,18). Mientras los discípulos permanecían encerrados en el Cenáculo, y los dos de Emaús, decepcionados, se alejaban de Jerusalén; mientras el grupo de amigos de Jesús, en definitiva, se dispersó desorientado (“Los discípulos volvieron a sus casas” – Jn 20,10), unos en el Cenáculo y otros en otros lugares, “María estaba fuera, junto al sepulcro” (Jn 20,11), sin resignarse ni siquiera ante un acontecimiento tan dramático como la muerte, como la desaparición del cuerpo. Nada la detuvo. Sigue buscando, no se rinde. Es la fuerza interior de una mujer, capaz de ver con el corazón y no solo con la carne.

Queridos hermanos y hermanas: Preguntémonos, ¿hemos hecho experiencia en nuestras vidas de que Cristo está vivo? El encuentro con Jesús a través de la Eucaristía y demás sacramentos, a través de la escucha de la Palabra, a través del encuentro con los demás, particularmente los más pobres, ¿ha cambiado mi vida, o al menos la está cambiando? Por otra parte: ¿soy testigo de la Resurrección de Jesús?

Hoy se nos impone hacer una opción en nuestras vidas: O bien optamos por ser como María Magdalena que corre y anuncia, o bien optamos por ser como los discípulos marcados por la incredulidad y el encerrarnos en nosotros mismos.

Que el Señor nos dé la gracia de encontrarnos con él y de dar testimonio de que vive y está presente entre nosotros. *Fiat, fiat, amén, amén.*